

gable: crea el imaginismo y es uno de los pocos cultivadores de la prosa poética chilena. D'Halmar es poeta y en su prosa hay más ritmo, musicalidad y emoción que ideas o doctrinas. Alone asegura que de *La conquista del sol* y del final de *A rodar tierras de d'Halmar* nace toda la literatura de Pedro Prado. He aquí su filosofía de *La casa abandonada y de los pájaros errantes*. Santiván, Carlos Mondaca, Guillermo Labarca, Víctor Domingo Silva y Manuel Magallanes Moure son también, en cierto modo, discípulos de d'Halmar.

La pluma de Santiván, no siempre muy castiza, corre sin tropiezos por los breves capítulos de las *Memorias de un Tolstoyano*, rápidos, fantásticos, gratos y a veces incisivos, entre los cuales hay algunos primorosos como *El entierro de la abuelita*, sentimental y romántico, pero impregnado de poesía y con lejanas reminiscencias de la suave prosa de d'Halmar.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At403-29BCFA10029>

Bahía, ciudad de leyendas, de HÉCTOR SUANES.

Brasil es un país fabuloso y el viajero tiene allí mucho que ver y admirar; pero no cualquiera puede percibir la hermosura de esa tierra tropical, sus monumentos artísticos y su rico y variado folklore; para captar las cosas bellas es indispensable poseer alma de artista.

Héctor Suanes, autor de *Bahía, ciudad de leyendas*, vivió en ese país durante largos años y su libro delata al agudo y talentoso observador que supo aprovechar aquella estada para ofrecer al lector una amplia y sugestiva visión de la pintoresca ciudad.

Hay naciones cuyo espíritu y costumbres se conocen, no precisamente en las grandes capitales, sino en una pequeña villa provinciana: esto acontece en Brasil; para adentrarse en la idiosincrasia del nativo es necesario ir a Bahía, la ciudad de leyenda, tan gráficamente descrita en esta obra por la expresiva pluma de Héctor Suanes.

Cuando habla del Mercado del Puerto, desearía ser pintor porque "sólo así podría darse una mínima idea, una fugaz sugerencia de cada uno de esos cuadros de colores berrantes que se ven ahí, a cada paso, recorriendo la Rampa, y que, con su abigarrado ambiente de estibadores negros, de lanchas, saveiros, barquichuelos y ferrys, están pidiendo a gritos un pincel y una tela". El autor es muy modesto, cada página de su libro es una acuarela o una aguafuerte que retrata con vivas tonalidades los diversos aspectos de la villa legendaria. Las iglesias y las originales prácticas religiosas, saturadas de superstición, como aquella del Lavado de Bonfim, son verdaderos cuadros animados por la sorprendente imaginación de Suanes.

Es lamentable que en una edición tan lujosa, ilustrada por Hortensia Oehrens, haya algunas páginas cuyas pruebas fueron mal corregidas, en las cuales aparecen graves errores gramaticales: "¿Cuántas iglesias habrán en total" (pág. 26). ¿Cómo?, querrá decir: ¿Cuántas iglesias *habrá* en total? Es verbo impersonal, en consecuencia el tiempo debe estar en singular. En la misma página, renglones más abajo, leemos: "se trata de una exhuberante suma", y en la página 31 volvemos a encontrar la misma palabra: "exhube-

rantes flores"; ¿qué hace esa "h" entre la "x" y la "u"? Si el corrector de pruebas conociera la lengua del Lacio, tan despreciada por el sectarismo porque huele a incienso, sabría que "exuberante" se escribe sin "h", porque se deriva del vocablo latino compuesto "exuberante", participo activo de exuberare, abundar mucho. ¿Por qué no escribimos "ubérrimo" también con "h"?

Los críticos, en general, no reparan en estas cosas, que muchos consideran nimiedades, pero quienes por oficio deben velar por la pureza y esplendor del lenguaje castellano, no pueden dejarlas pasar, aunque a primera vista parezca una petulancia.

F. A. B.

Frontera Norte, de ALFREDO WORMALD CRUZ.

El autor de esta obra, con mucho de historia y no poco de crítica levantada, en el Prólogo, responsabiliza de ella a don Eugenio Pereira Salas y a mí, porque ambos le exhortamos a publicarla.

No me arrepiento de haber inducido al señor Wormald a imprimir este libro, en cuyas páginas no sólo da a conocer cosas ignoradas del pasado y del folklore ariqueño, que él desentrañó de viejos y valiosos infolios, encontrados en un basurero, y de obras sobre la región, sino también, con agudo espíritu de crítica constructiva y elevada, hace observaciones sobre el presente y el porvenir del lejano departamento limítrofe del norte.

Don Alfredo Wormald se manifiesta, en este libro, como un escritor, cuyo estilo vigoroso, rápido y comunicativo, seduce al lector desde la primera hasta la última página; claro está que, como la generalidad de los literatos chilenos de nuestro tiempo, este novel autor abusa del "que" galicado, lo cual quita soltura y elegancia al período castellano.

El señor Wormald, en su estudio sobre Arica, se remonta a sus orígenes y a las relaciones que esta antigua villa tuvo con sus vecinos; al referirse a las costumbres de Potosí, la ciudad imperial del Alto Perú, describe en forma espeluznante el legendario duelo entre don Vasco Godinez, caballero potosino de mucho dinero y grande influjo en esa urbe, con su émulo cuzqueño don Pedro Montejo. El combate, a caballo y con lanza, acabó en una terrible carnicería que el autor sabe narrar con destreza y plasticidad.

De grande importancia para la historia eclesiástica chilena son las noticias que da el señor Wormald sobre las dificultades entre los curas peruanos de Arica y el gobernador del departamento, don Luis Arteaga, que culminaron con la expulsión de los sacerdotes peruanos del territorio chileno en 1910, decretada por el entonces joven Ministro de Relaciones Exteriores, don Agustín Edwards Mac-Clure.

No menos interesantes son las observaciones acerca del peligroso abandono en que viven actualmente los habitantes del interior de Arica, hecho lamentable que lesiona gravemente el patriotismo y la chilenidad en esas lejanas tierras del Norte.

Muy atendibles son también las atinadas consideraciones hechas por el autor sobre los perniciosos efectos producidos allí por la Ley N^o 14.824, de